

Recordamos los susurros del Adviento mientras esperábamos el nacimiento de Jesús. Ahora, mientras viajamos a través de la Semana Santa, esperamos el ruido gozoso de los aleluyas del Domingo de Pascua. Pero antes de que lleguemos a la celebración de la Pascua, nos abrimos camino en la Cuaresma, en un tiempo interín en el que no sabemos qué nos va a traer el mañana. A menudo nos consideramos una iglesia de Pascua, pero en este tiempo santo y solemne que inicia el Miércoles de Ceniza y que va avanzando hacia el Jueves Santo, Viernes Santo y Sábado Santo, también somos una iglesia de Cuaresma. Viviendo mientras en incertidumbre, aguardando y teniendo esperanza de que haya una renovación. Anhelando los momentos en que la presencia de Dios se sienta más cercana y más segura.

Durante la Cuaresma aprendemos lo que es vivir en terreno inestable.

En el recuento de la resurrección, Mateo dice que "hubo un terremoto violento" cuando un ángel de Dios bajó del cielo y quitó la piedra de la entrada del sepulcro donde yacía Jesús.

Imagino el terremoto, el estruendo profundo dentro del suelo, mientras la tierra se desplazaba muy por debajo de la superficie. Es posible que quienes estaban cerca de ahí hayan sentido el estremecimiento. Tal vez las mujeres que iban camino al sepulcro con especias preparadas sintieron que la tierra se desplazó. Ellas se desconcertaron, pero sabían que algo poderoso estaba ocurriendo.

Podemos entender esa experiencia humana de sentirse fuera de control, de no ser capaces de entender lo que está ocurriendo a nuestro alrededor. Muchos de nosotros nos podemos identificar con esto al ser testigos de los actuales disturbios civiles que están ocurriendo en nuestro mundo y nuestras comunidades. Igual que la mujer en el sepulcro, nos sentimos aislados y desconectados. Estamos inquietos, inseguros, viviendo la realidad de la cuaresma de tener que aguardar y mantener la esperanza.

Y entonces, en medio de ese estremecimiento, viene la promesa.

El ángel les dijo a las mujeres: "No tengan miedo; sé que ustedes buscan a Jesús, el que fue crucificado. No está aquí, pues ha resucitado".

La promesa de Dios ofrece seguridad y esperanza. La resurrección no niega la perturbación; nos encuentra dentro del desorden y la alteración. La piedra es quitada. La muerte no tiene la última palabra.

Sí, somos personas de Pascua. Aunque la tierra debajo de nosotros se esté sacudiendo, no desfalleceremos. Sabemos que Jesús es nuestro fundamento. Cristo ha resucitado, y esa verdad nos fortalece. Nos da el valor para vivir, tener esperanza y proclamar gozo.

Cristo verdaderamente ha resucitado. ¡Aleluya!



El Rvdo. Yehiel Curry, Obispo Presidente
Iglesia Evangélica Luterana en América



Iglesia
Evangélica Luterana
en América